

EL MISTERIO HECHO MANIFIESTO

Y

LA NECESIDAD DE VERLO

JW Luman

## **INTRODUCCION**

Queridos hermanos, en las siguientes páginas vamos a estudiar, en primer lugar, lo que yo llamo: "El misterio hecho manifiesto"; dicho de otra manera, vamos a estudiar "lo que Dios ha hecho." En segundo lugar, vamos a bregar con la necesidad de ver ese misterio hecho manifiesto, vamos a tratar la necesidad de ver con los ojos de nuestro entendimiento, lo que Dios ha hecho.

En lo que respecta a ver, es importante que recordemos en este momento, que el plan eterno de Dios tiene que ser visto desde la centralidad de la cruz; si la quitamos, dicho plan cesa y se desvanece. En otras palabras, en lo que respecta al plan eterno de Dios, todo está anunciado por la obra de la cruz, atado a la obra de la cruz, y cumplido en la obra de la cruz. Dicha cruz es claramente la muerte, sepultura y resurrección de Cristo; no alguna muerte, sepultura, o tipo de resurrección.

Reitero, la muerte, sepultura y resurrección de Cristo es la obra de la cruz, y como dije antes, es central en el plan eterno de Dios. A la luz de esto, nuestra salvación significa mucho más de lo que hasta el momento se ha dicho que es. Significa mucho más de lo que la administración de los ángeles pudo describir como salvación. ¡Es mucho más! "El misterio hecho manifiesto", y la consecuente necesidad que tenemos de verlo, nos lleva a abordarlo, como todo lo demás, desde la obra de la cruz.

## **EL MISTERIO HECHO MANIFIESTO Y LA NECESIDAD DE VERLO**

El misterio hecho manifiesto, y la necesidad de ver con los ojos de nuestro entendimiento lo que Dios ha hecho, es el tema de las epístolas de Pablo a las iglesias.

Empecemos haciendo notar varias cosas. En primer lugar, Pablo inicia todas sus cartas con: "Pablo, siervo de...", o "Pablo, apóstol de..."; siempre relacionado con el Señor Jesucristo. Nunca habla si no es desde su relación con el Señor.

¡Pensemos en esto un momento! Pablo nunca habla, escribe o hace algo que no sea desde su relación con el Señor Jesucristo, desde su distinta, particular y peculiar relación con el Señor Jesucristo. Es por eso, que el contenido de sus cartas está en correspondencia directa con la manera como presenta esa relación.

En otras palabras, las cartas de Pablo expresan su relación con el Señor. Veamos un ejemplo; en Romanos 1:1 declara: "*Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio...*" Esta introducción nos prepara para el resto de la carta, porque en ella nos va a presentar a Cristo como el evangelio. Así ocurre en cada carta: la manera como él se identifica con Cristo y toda Su grandeza, es la misma con la que va a expresar a Cristo en el resto de la carta.

En segundo lugar vemos que, en cada una de sus cartas no leeremos tres capítulos sin que él diga: "Mi oración por ustedes es... Mi deseo para ustedes es... La voluntad de Dios para ustedes es que lleguen a ver... Oro para que los ojos de vuestro entendimiento sean alumbrados y vean el misterio que ha sido hecho manifiesto."

¡Que lleguemos a ver...! ¡La necesidad de ver...! Todos estos términos vienen de una palabra raíz que significa: ver, mostrar, revelar, vista dada, hecho llano o simple, expuesto.

¿Por qué es necesario ver? ¿Por qué insiste Pablo en que los ojos de nuestro entendimiento sean alumbrados? Porque ahí es donde está la diferencia: Muchos han oído, pero pocos han visto lo que han oído. ¿Qué sucede entonces? Que esos muchos sustituyen lo no visto con su propia imaginación, y sus predicaciones vienen a ser expresión de ella.

Voy a ponerles un ejemplo: Supongamos que es de noche y estamos acampando solos en el bosque, y que no podemos ver más allá del círculo de luz que produce la fogata. De pronto escuchamos un ruido, el ruido es real, y lo que lo produjo es ¡muy! real. Es decir, un ruido real ha sido emitido. Lo cierto del caso es que sin ver, no tenemos ni la menor idea de

lo que es. Oímos algo, y lo que oímos fue real, pero no pudimos verlo, por eso nos preguntamos qué será. Pronto empezamos a imaginarnos lo que oímos: puede ser desde un fantasma, hasta un oso grizzli (pardo), dependiendo del lugar donde estemos. Si lo oímos de nuevo, nuestra imaginación se fortalece, y entonces "ya sabemos" qué es lo que oímos. Cuánto más lo oímos, más se fortalece nuestra imaginación, pues estamos ciegos como un murciélago.

Si no vemos, inevitablemente sustituimos con la imaginación, esto es tan automático como respirar; y si continuamos sin ver, nuestra imaginación se fortalece más y más. Luego juraremos que oímos esto y esto..., y así lo exponemos; y si alguien nos pregunta: "Pero, ¿usted lo vio?", respondemos: "No tuve que verlo, lo oí."

Después de todo esto, una persona nos muestra lo que oímos, y nueve de cada diez veces se dice: "No señor, eso no es lo que oí, yo sé lo que oí." Lo que pasa es que pueden mostrarnos la verdad después del hecho, pero después de que la imaginación se ha afianzado, y después de que lo hemos predicado, ya no creemos lo que vemos.

De igual manera, podemos escuchar términos y cosas relacionadas con Cristo, y salir hablando de cualquier cosa menos de Él. ¿Por qué? Porque además de escuchar, es necesario ver el misterio hecho manifiesto. "Hecho manifiesto, hecho conocido", ambas expresiones dicen que el misterio se ve, se muestra.

Veamos el caso de los profetas. Durante años escucharon el misterio; todos ellos hablaron del misterio, y lo que hablaron era verdad, pero hablaron de lo que habían oído, no de lo que habían visto. Con el curso del tiempo el misterio escuchado, pero no visto, fue reemplazado por imaginaciones, al punto de que cuando Jesucristo, de quien los profetas hablaron, se mostró y vino en toda la plenitud, aquellos (a quienes los profetas les predicaron) lo miraron y dijeron: "No, este no es Él." ¡Qué terrible: vinieron a ser ciegos, guías de ciegos; no sordos, ciegos!

Yo solía preguntarme, ¿cómo es que las personas pueden oír todo esto, y salir con lo que están diciendo? La razón es sencilla: no ven; oyen, pero no ven. Oyen los términos como "en Cristo", "relación de hijos", "ministerio del cuerpo", "somos la casa de Dios"; los oyen, pero están ciegos. Nunca han visto estas cosas en el rostro de Jesucristo, pues el único lugar donde podemos ver la Palabra de Dios, es en el rostro de la Palabra de Dios.

Pablo lo dice claramente: *"Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestro corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo."* (2 Corintios 4:6) Dos cosas quiero puntualizar aquí: Primero: "...que de

*las tinieblas resplandeciese la luz*", no que en las tinieblas, sino que de las tinieblas. Segundo, ¿para qué resplandece la luz? "...para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo." "Para que conozcamos la gloria de Dios que resplandece en el rostro de Cristo."

Tenemos que ver lo que oímos de Dios, en el rostro del Señor Jesús, caso contrario, sustituiremos inmediatamente con nuestro propio rostro, con nuestra propia forma de ver, con nuestra propia imaginación. Luego, empezaremos a predicar una ciudad imaginaria, un lugar imaginario, una vida imaginaria, una imaginaria esto, una imaginaria aquello. Amados hermanos, cuánto más oigamos la Palabra de Dios únicamente, más imaginaremos lo que es, y seguiremos así hasta que un día dicha Palabra sea comprendida en Jesús, hasta que sea comprendida en Su rostro.

Ejemplifiquemos esto con la palabra "santidad." Hay muchos predicadores de santidad, pero ¿cuántos de ellos predicán lo mismo? Unos predicán que santidad es no ver televisión, otros que las mujeres no usen el pelo corto; unos enseñan que el predicador no debe usar corbata o anillos, y otros que no se debe ir al cine... ¿Se dan cuenta? Todos hemos oído de la santidad, pero vemos miles de cosas diferentes. Dios no, Dios dice: "Santidad", y señala a Su Hijo, "Santidad en Su rostro." Dice: "Justicia", y señala a Su Hijo.

Dios dice cualquier cosa, y señala a Su Hijo; esto nos coloca en un problema. ¿Por qué? Porque la realidad de las cosas en Cristo, no la podemos oír, ver, o entender en lo natural, para eso, y antes que nada, debemos alcanzar comprensión espiritual. Vean hermanos, todos nosotros queremos sustituir la comprensión natural, con la comprensión de la realidad espiritual. Por eso decimos: "Enseñenme como ser santo; no me enseñen Quien es mi santidad, sólo díganme cómo ser santo." Esto es lo que quiere la Ley, y es lo que queremos nosotros: "Denme diez cosas que hacer, y las haré; no me muestren mi Santidad, pues Él lo demanda todo y me sustituye; sólo muéstrenme el camino para ser santo, que todo lo demás lo sustituiré con mi imaginación."

En síntesis, no hay diferencia alguna en las palabras que oímos, si no las vemos; y más aun, si lo que hablamos no es la combinación de oír y ver, lo que decimos no es verdad, es invento de nuestra imaginación.

## **"HA HABLADO EN HIJO"**

Veamos lo que dice Hebreos 1:1-2: *"Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo..."* En la traducción original se lee: "al final de esos días..." ¿Cuáles días? Los días en los cuales Él habló *"...muchas veces y de muchas maneras... a los padres por los profetas."* "Al final de esos días", ¿hizo qué? *"...ha hablado por el Hijo."* En el original dice: "ha hablado en Hijo."

Esto mismo lo enseña Pablo en Efesios 1:10, dice que Dios se propuso *"reunir todas las cosas en Cristo..., así las que están en los cielos, como las que están en la tierra."* En otras palabras, todas las cosas son expresadas en Él; *"ha hablado en Hijo."* Todas las cosas que Dios dijo anteriormente, en un segmento de tiempo, en diferentes formas, por medio de tipos y sombras, días santos y fiestas, objetos y..., las reunió en Cristo; las *"ha hablado en Hijo."*

Voy a ponerlo más claramente. Tomó, por ejemplo, la inmensa cantidad de tipos de la salvación que había de Adán a Noé, de Abraham a Jacob, de Israel, pasando por todas las administraciones de reyes, sacerdotes y profetas, y los reunió en Cristo; *"ha hablado en Hijo."* Otro ejemplo: Todo lo que Dios usó antes para hablar *"...muchas veces y de muchas maneras"* del elemento tiempo, lo expresó en días, semanas y años: Días santos, días festivos, días sabáticos; semanas de festival, semanas de fiesta; año sabático, año de jubileo. Cada día, por ejemplo, tenía un objeto que señalar, así si era un día de fiesta, había un sacrificio señalado y un sacerdote que lo ofrecía. Todo estaba en un tiempo y de acuerdo a un modelo, así hablaba Dios; pero *"al final de esos días ha hablado en Hijo"*, y ha dicho en Hijo lo que no pudo decir antes completamente.

¿Por qué no pudo Dios hablar plenamente en el Tabernáculo? Porque no podía mostrar al Único, no podía mostrar a Aquel de quien todas las cosas hablaban. Esto por supuesto no fue porque Él no pudiera hablar, pues había *"...hablado muchas veces y de muchas maneras..."*, sino porque lo que decía no se podía ver excepto en tipos y sombra, y ya sabemos que los tipos y sombra no pueden traer la perfección. Dios decía: "Santidad", y tenía que mostrar un tipo; pero *"al final de esos días"* dice: "Santidad", y revela a Su Hijo.

Es una pena que la mayoría de las personas digan "Santidad", y todavía busquen un tipo o una sombra. A partir de las imaginaciones de nuestro propio corazón, hemos creado tipos y sombras como si Dios nunca hubiera

hablado en Hijo; y hemos ido más allá, porque no sólo los hemos creado, también hemos sustituido con nuestros tipos y sombras, lo que Dios ha hablado en Hijo. ¿Por qué lo hacemos? Porque continuamos sin ver a Aquel de quien Dios ha hablado.

De ahí la razón por la que en todas sus epístolas, Pablo subraya la necesidad de que Cristo sea revelado, de que Cristo sea visto, y de que los ojos del entendimiento sean alumbrados. Pablo sabe que las iglesias han oído, pero también sabe que no han visto a Aquel de quien han oído, y sabe que si no ven, sustituirán con la imaginación. Esto es tan automático como la salida del sol. ¡Lo haremos!

Volvamos a nuestro ejemplo de lo que nos predicán como santidad; cuánto más oigamos ese tipo de predicación, más se reforzará nuestra imaginación, y más pronto diremos: "No me diga que la Biblia dice eso." Luego leemos la Escritura y decimos: "Ven, aquí está: *Sed santos, porque yo soy santo.*" (1 Pedro 1:16) Lo siguiente que hacemos es predicar esa escritura, aunque nunca hayamos visto la Santidad del Señor. Lo único que conocemos es el término, pero cuando veamos la Santidad del Señor, no nos desharemos del televisor, ni de la corbata, ni de... ¡Dios mío!, ante la Santidad del Señor caeremos sobre nuestro rostro como muertos, y no nos levantaremos de ahí, sin el conocimiento de Él. Ahí queda nuestra propia justicia, ahí quedan nuestros tipos y sombras, ahí queda todo. ¡Hemos visto finalmente lo que Dios *ha hablado en Hijo*", y de ahí nos levantaremos hablando únicamente de Él!

Recapitulemos un momento. Tenemos que Dios habló "*...muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo...*", pero sabemos que lo que dijo en esos tiempos no fue capaz de traer perfección, pues tenía que usar objetos para ilustrar Sus palabras.

Quiero que hablemos por un momento de la expresión "Gloria del Señor", a la luz de lo dicho. "*...en otro tiempo*" Dios decía: "Gloria del Señor" y señalaba el fuego y el humo. El fuego bajaba sobre el Tabernáculo, el humo lo llenaba, y el Señor proclamaba: "¡Mi gloria!" Sin embargo, "*a final de esos días ha hablado en Hijo*", por eso ahora cuando dice: "Mi gloria", revela a Su Hijo en nosotros. "Mi Gloria" nada tiene que ver con fuego y humo, ¡es el Hijo mismo!

Lamentablemente muchas personas todavía piensan que la Gloria del Señor es fuego y humo, porque son los objetos que Dios utilizó en el Tabernáculo. Es por eso que dicen: "¡La gloria de Dios bajó!" ¿De dónde bajó? ¿De dónde vino? Esto corresponde a tipos y sombras. Amados hermanos, ¡la gloria de Dios está en nosotros ahora! ¡La gloria que Israel esperaba está en nosotros! Pablo lo declara: "*Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.*" (Colosenses 1:27) ¡Por tal razón no es expectativa para nosotros! Lo que Israel esperaba está cumplido en nosotros. La gloria que se había esperado tanto tiempo, y de la que se había hablado tanto,

ha venido. ¡Mírenlo! ¡Contémpnenlo! ¡Vean la Gloria del Señor! ¡Dios "*ha hablado en Hijo*"!

Amados, si el Hijo no ha sido revelado en nosotros, todavía no hemos visto la Gloria del Señor. Sabemos que hay una, pero desgraciadamente le hemos aplicado nuestra imaginación, de ahí que para nosotros la gloria sea algo que sentimos, un lugar hacia donde vamos, esto o aquello. Predicamos de ella, pero no tenemos idea de lo que estamos diciendo. La gloria que se predicó en el Antiguo Testamento de muchas maneras, finalmente vino a cumplirse en la Persona de Cristo. En conclusión, no se trata de ver la gloria, se trata de verlo a Él quien es la Gloria.

Concluamos esta sección aquí. Antes Dios usaba objetos para ilustrar sus palabras, ahora "*ha hablado en Hijo*", ahora tenemos que ver todas las cosas en el rostro de Jesús, esto es lo único que transforma el alma. Leamos 2 Corintios 3:18: "*Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en las misma imagen, como por el Espíritu del Señor.*"

## Oír, Ver y Hablar

¡Ver transforma el alma, oír no! Podemos oír hasta que nuestros oídos naturales o espirituales se caigan, pero si no nos volvemos para ver a Quien oímos, si no nos volvemos para verlo a Él, si no nos volvemos para ver la Voz que habla, no hay transformación. Ahora hermanos, no nos equivoquemos, no nos volvemos para ver lo que Él dijo, sino para ver a Quien lo dijo. ¡Nos volvemos para ver a la Persona cuya voz le pertenece!

Amados hermanos, esto es lo que debemos comprender: si oímos lo que Él dijo, tenemos que ver a Quien lo dijo, de lo contrario, nunca vamos a entender lo que dijo. ¡Nunca! ¡Ojo: La Palabra que habla y Quien la habla, son lo mismo! Sólo hay una Palabra de Dios. Él nunca dice algo, y luego demuestra ser otra cosa, no. Lo que dice siempre corresponde exactamente con lo que Él es, es decir, tanto el oír como el ver concuerdan en Él. Esta es la razón por la que los que oímos y vemos, hablamos lo mismo y tenemos el mismo juicio; hablamos la Verdad conforme está en Jesús.

Acabo de introducir un elemento más en esta progresión: Hablar. Oír y ver es el único camino para luego hablar. Muchos podrían decir: "Puedo oírlo, y luego predicarlo", pero no hermanos, si solamente oímos, predicaremos nuestra imaginación acerca de eso; siempre lo haremos.

Veamos lo que está sucediendo hoy en la Iglesia. La mayoría de los creyentes están siguiendo las imaginaciones de los predicadores, y sé que son imaginaciones, porque aunque dicen las palabras correctas, nunca han visto a Aquel de quien predicán. Predican de la gloria, y nunca lo han visto a Él; predicán relación, y nunca lo han visto a Él; predicán unción, y nunca lo han visto a Él. Los cristianos ingenuos se sientan a escucharlos, y como oyen la palabra "unción", y ven que usan pasajes de la Biblia sobre unción, piensan que eso es de Dios, ¿no es esto fantástico? Nada se dice de Cristo, nada se entiende en Cristo, nada se alcanza, nada... Ahora, ustedes se estarán preguntando: ¿Cómo sabe que no han visto a Aquel de quien predicán?, porque la vida de esos creyentes no cambia, y en última instancia, solamente ver a Cristo cambia la vida. ¡Ver transforma el alma!

Entiéndanme hermanos, no he dicho que ustedes no hayan oído algo, sólo les pregunto: ¿han visto lo que han oído?, porque si no es así, solamente oír, y además guardarse de no sustituir con la imaginación, es imposible. Concretemos lo siguiente: Si no vemos lo que oímos, lo imaginaremos, luego lo respaldaremos con las Escrituras para reforzarlo, y haremos de eso una nueva teología.

“La imaginación del hombre”, pensemos en esto unos minutos. La imaginación del corazón del hombre siempre complace al hombre y su carne, ¡siempre!; lo agrada a tal punto, que se imagina a sí mismo ser Dios. ¡En su imaginación el hombre se muestra a sí mismo, para sí mismo, ser Dios! Ese es el objetivo de la imaginación. El propósito de la Verdad es: Cristo en medio del Trono gobernando en el Reino de Dios. El propósito de la imaginación del hombre es: el hombre en el templo de Dios considerándose a sí mismo ser Dios. El propósito es Cristo, o el hombre; es Cristo exaltado, o el hombre exaltado, al creer que es, lo que se muestra a sí mismo ser.

Yo he compartido este evangelio muchas veces, y a menos que Cristo sea revelado, es lo más peligroso que existe. La Verdad que se oye, pero que no se ve, es muy peligrosa, porque automáticamente produce igual perversión a sí misma. Ver personas que están entregadas a lo que llamamos “denominacionalismo”, no me molesta; pero aquellos que reclaman tener la Verdad son los que me molestan, (y hay muchos y diferentes movimientos de ellos), porque usan las palabras correctas y nunca han visto a Cristo. ¡Ellos están pervirtiendo a multitudes y multitudes! Están fortaleciendo a esas multitudes en sus imaginaciones, con el objeto de que se mantengan diciendo “No señor, eso no es”, en el caso de que ustedes puedan mostrarles la verdad. Por lo tanto, Dios ha permitido que sean llevados por la imaginación. ¡Oh sí!, y hoy vemos la corrupción de la naturaleza de la imaginación del hombre.

La imaginación es lo más malvado que hay sobre la faz de la tierra. ¡Lo que el hombre hace en su imaginación es absolutamente inexpresable! El problema es que lo que hay en su imaginación nunca queda sin expresarse, tarde o temprano lo dirá, y lo dirá como si fuera la Verdad. ¿Por qué? Porque su imaginación lo ha persuadido de que es así. ¿Por qué? Por la ceguera, por oír y no ver.

*“Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo... Pero cuando agradó al Padre... revelar a su Hijo en mí, para que lo predicase entre los gentiles...”* (Gálatas 1:11, 12, 16) Para Pablo este evangelio no fue únicamente un mensaje que oyó, también fue una Persona que él vio. ¡Así es como tiene que ser! En cualquiera de sus aspectos: relación de Hijo, Reino, esto o aquello, el evangelio no puede ser únicamente un mensaje que oímos, no; tiene que ser además una Persona que vemos. Nosotros somos el Cuerpo de una Persona; somos la Casa de una Persona. Estamos comprometidos en una relación dada y hecha por Dios, con una Persona, en una Persona y para una Persona. El misterio que estuvo escondido, o no expresado, se ha manifestado a Sus santos dentro de ellos. ¡Ahí tenemos que verlo a Él!

Amados hermanos, no puedo reiterarles suficientemente la necesidad de que Cristo sea revelado en nosotros, porque sólo así el estudio de la Palabra tiene mérito; de lo contrario, son solo palabras que fortalecen nuestra imaginación. El Griego y el Hebreo fortalecen la imaginación, a menos que Cristo sea revelado.

Bien, retornemos a nuestro estudio ahora, y recapitulemos. Él nos *"...ha hablado en Hijo."* Antes decía: "Mi lugar de habitación", y señalaba una tienda; decía: "Mi santuario", y señalaba una habitación detrás del velo. *"...al final de esos días ha hablado en Hijo"*, por eso ahora dice: "Mi santuario", y revela a Su Hijo.

Estudiemos por un momento lo que dice Jesús en Juan 14:20: *"En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros."* ¿Cuál día? El día que Él dice: "Casa", y revela a Su Hijo; el día que Él dice: "Lugar de habitación", y revela al Hijo. Día significa "ver", significa "luz." *"Aquel día vosotros conoceréis."* "Aquel día verán lo que han oído." Esta es la diferencia entre oír acerca de un día, y verlo a Él.

Todos oyen acerca de un día, y predicán de un día, pero Dios debe mostrar ese Día. Por medio de esa misma Luz, Él debe mostrarnos el Día en el rostro del Hijo, solo así encontraremos en ese Día, lo que la Escritura declara que es ese Día. Dios ya no señala más el Sabat, el sábado, el tercer día, un octavo día... El Padre ahora revela al único Día, dice: "Día", y revela al Hijo. ¡Al glorioso Día! Hasta que lo veamos, el Día seguirá siendo solo una palabra, e imaginaremos que es cualquier cosa. Cada definición de "Aquel Día", en lugar de ser un ensanchamiento de la naturaleza y Persona de Cristo, lo tornará en otro día diferente. "El gran Día", "El Día del juicio", "El Día de su venida", "El Día de su ira", todos son el mismo Día. ¿Cuántos días pensamos que hay?

Nosotros somos hijos del Día, y el Día es el Señor. Él es la Luz del Día, y en "Aquel Día" lo miraremos a Él en todas las facetas de Su carácter, y en la obra consumada de la cruz. Si nos mantenemos aprendiendo a Cristo, tarde o temprano cada faceta va a ser encarada en Él. ¡Hoy es el Día, gloria a Dios, cuando el misterio que se ha manifestado, se ve!

*"Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas..."* La Ley y los profetas eran "en parte", "en parte" hasta que viniera la visión, la comprensión y aquello de lo que hablaron. *"Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará."* (1 Corintios 13:9,10) Pablo dice aquí, que lo que es "en parte" se quedará, hasta que venga lo perfecto, y no tenemos que especular sobre lo que las Escrituras llama perfecto, o Quien es perfecto.

Pedro lo retoma en su segunda carta. *"Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas"*

*artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad.*" (2 Pedro 1:16) "No estamos aquí declarándoles astutamente fábulas inventadas, les estamos declarando que hemos visto lo que los profetas dijeron." Luego añade: "*Tenemos también la palabra profética más segura...*" (2 Pedro 1:19) Esto no significa que tenían otra profecía, y mejor que la que había dado Isaías. La "Traducción Actual" lo explica: "Tenemos los profetas (Isaías, Jeremías, Oseas, Amós) hechos más seguros, hechos más ciertos." Pedro, ¿cómo pueden los profetas ser más seguros? "Porque lo hemos visto a Él, hemos visto a Aquel de quien ellos hablaron. ¡Primero oímos, y luego vimos!, y al ver lo que de Él oímos, es hecho más seguro. Primero oímos acerca de una ciudad, ahora hemos visto la realidad y la luz de ella en el rostro de Cristo Jesús. Tenemos los profetas hechos más seguros, no imaginaciones, fábulas, o historias inventadas. Nosotros declaramos lo que los profetas dijeron, porque lo hemos visto a Él."

Hasta que veamos a Aquel de quien los profetas y apóstoles hablaron, para ustedes y para mí, hermanos, todavía es "en parte." "*Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a Su Hijo...*" (Gálatas 4:4) Cuando vino lo que es perfecto, los profetas fueron cumplidos en Él, y cuando Él venga en nosotros, los profetas serán hechos más seguros.

Yo nunca estimé las Escrituras hasta que Dios reveló a Su Hijo en mí; yo pensaba que las apreciaba, pero no era así. Las Escrituras se hicieron más seguras para mí, cuando Él reveló a Su Hijo en mí y yo comencé a verlo. Cuando el Hijo es revelado, la Biblia entera es viva; ya no estamos leyendo en Braille, estamos viendo por la Luz de Dios, estamos viendo lo que el "*...ha hablado en Hijo.*" Aquí no hay espacio para la imaginación, porque estamos viendo claramente en el rostro de la Verdad.

Tenemos entonces, que la Ley y los profetas eran "en parte", "en parte" hasta que la visión, la comprensión y aquello de lo que hablaron, viniera, y ¡en Cristo ha venido! Para entender lo que Dios dice, debemos ver lo que Dios dice, y debemos ver lo que Dios dice en la realidad de una Persona, no en tipo, no en sombra; en la realidad de una Persona. Todos conocemos el principio que se aplica aquí. Para aprender algo, podemos escuchar una grabación, pero si vamos leyendo junto con la grabación las palabras que oímos, ¿cuánta comprensión alcanzamos? Así es en lo natural, y en cualquiera idioma.

También ocurre frecuentemente, que aunque oímos lo que se está diciendo, no vemos el punto de referencia. De esta manera, unos ven una cosa, y otros ven otra diferente; unos describen lo que ven, y los otros no entienden, pues no encaja con lo que están viendo, ni con lo que fueron enseñados. Así será hasta que todos veamos lo mismo, cuando nos volvamos para ver y digamos: "¡Dios mío, esto es lo que significa la escritura! ¿Cómo no lo vi antes?" Sí, bueno, finalmente nos volvimos para

ver lo que Dios está diciendo; finalmente nos volvimos para verlo a Él, *"en quien Dios ha hablado."*

En síntesis, oír y ver es el único camino para luego hablar. Ahora al revés, para hablar, debemos oír y entender a Aquel *"en quien Dios ha hablado."* Habacuc 2:2-4,14 dice: *"Y Jehová me respondió, y dijo: Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella. Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará. He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá... Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar."* La palabra "visión" aquí significa, 'el acto de ver', significa 'ver'. ¿Ver qué? Ver aquello que ha sido dicho, ver lo que ha sido escrito. "Lo que ha sido dicho, se verá; lo que ha sido oído y visto, se hablará. La comprensión vendrá, ¡esperen la visión!" ¿Cuándo se cumplió esto? Cuando Dios, *"al final de esos días, ha hablado en Hijo"* a todos aquellos a quienes se les ha manifestado este misterio. El mismo Pablo lo dice: *"Viendo que tenemos tal ministerio, hablamos plenamente y con valentía, declarándoles todas estas cosas. Sí, porque hemos visto tanto como hemos oído."*

Ahora, hermanos, si oímos una palabra, pero no vemos nada, debemos permanecer callados, y de ninguna manera saltar, correr, empezar a predicar, enseñar, formar otra denominación o movimiento. Si lo que oímos es de Dios, Él revelará al Hijo a aquellos que esperen por Él; si lo que oímos es del Señor, lo que dice es Hijo, pero continuaremos sustituyendo con nuestra imaginación, hasta que Él revele y muestre en Hijo, lo que ha dicho. Repito: si oímos una palabra, pero no vemos nada, permanezcamos callados.

Miremos al hombre del que habla Santiago (1:23, 24). Este hombre va al lugar donde se ve al espejo, pero no espera ahí, no habita ahí, entra y sale. Una traducción más veraz del griego dice, que este hombre no ve al más excelente Hombre, se lo pierde; más bien se considera a sí mismo, y sale por su propio camino. Ahora, algo tenía que conseguir él al verse en el espejo, ¿qué? ¡Transformación! Aquí va de nuevo la progresión: Oír, capta nuestra atención; ver, transforma nuestra alma; y por último hablar, pero no hablamos por cuenta propia, sino desde lo que tenemos tanto por el oír, como por el ver.

Hermanos, Dios no está simplemente tratando de darnos un mensaje, transformar nuestra alma a Su misma imagen, es el propósito del mensaje. A Él no le interesa que yo tenga un sermón nuevo, que encuentre otro versículo en la Biblia, que tenga una palabra nueva sobre la cual edificar mi imaginación, o sobre la cual dar una conferencia bíblica; entonces ¿qué le interesa?

Dios, quien en otro tiempo dio mensajes, *"al final de esos días ha hablado en Hijo."* No para que al final oigamos algo, sino para que al oír, veamos, y en esa comprensión, seamos transformados en esa misma imagen; de manera que nuestro hablar sea en realidad una conversación o estilo de vida, y no el sermón del domingo en la mañana.

Bien, como dije antes, si oímos una Palabra, y no vemos nada, estemos callados. Si estamos siendo real y verdaderamente tratados por el Señor, permanezcamos callados, porque nos va a ocurrir esto: La Palabra comenzará a revelarse, nos llegará un pensamiento; un pensamiento sobre el cual es muy fácil edificar, tanto así que terminaremos diciendo "¡Que increíble, esta mañana me llegó un sermón!" Sin embargo, querido hermano, el punto de la Palabra es que esperemos la visión, que esperemos verlo a Él, que nos volvamos para ver la Voz.

Veamos el patrón en el libro de La Revelación de Jesucristo (Apocalipsis): primero se oye, luego se ve, y por último se habla. Este es el patrón correcto, esta es la manera en el Hijo.

Muchas veces voy a oír algo en lo más profundo de mi alma, pero he aprendido, por la omnipotente gracia y misericordia de Dios, a esperar hasta ver, a esperar hasta entender y ver lo que oí. Muchas veces el Señor nos detendrá en un versículo. Bien, lo primero que podemos hacer es mirarlo en el Griego o en el Hebreo, luego hagamos un estudio de palabras. Esto está bien porque estamos oyendo, pero en algún momento tenemos que decir: "Bueno, y ahora qué." Entonces tenemos que empezar a orar: "Padre, muéstrame a Tu Hijo", y luego, cuando las escamas de nuestros ojos se caigan, lo veremos a Él. ¡Lo veremos a Él, y podremos hablar! Ya no sólo estaremos citando un versículo, no sólo estaremos diciendo lo que dijo Pablo, no. Hemos visto lo que Pablo vio, lo hemos visto a Él. Estamos de acuerdo porque lo hemos visto a Él. ¡Esto es realmente emocionante! Cuando lo veamos a Él, podremos decir con toda seguridad que vimos lo que Pablo vio. Así le ocurrió a Pedro, "ver" fue lo que lo conmovió, por eso dijo: "¡Dios mío, lo hemos visto a Él! Hemos visto lo que dijo Isaías, hemos visto lo que dijo Jeremías."

¿Qué está sucediendo hoy que no vemos nada? En primer lugar, el oír fue reducido a declaraciones doctrinales, las cuales a su vez fueron reducidas a tradiciones de hombre; dichas tradiciones fueron reducidas más adelante en divisiones denominacionales, y finalmente reducidas a material para sermones. Por consiguiente, ¡hemos perdido la vista, y nunca la hemos recobrado! Sin embargo, hermanos, es necesario mencionar aquí, que a lo largo de la historia del cristianismo, han habido momentos muy importantes. Tal es el caso de la Reforma, pero como la Reforma estaba en contra de las tradiciones, doctrinas y lo establecido por el catolicismo, y sumemos el hecho de que no fue comprendida en la faz

de Jesucristo, sólo provocó una leve mejoría en el oír. Eso fue lo único que se restauró, el oír, y no perfectamente.

Grandes guerreros como Martín Lutero, y todos aquellos hombres de oído agudo, oyeron la palabra "fe": "*Mas el justo por su fe vivirá.*" (Habacuc 2:4) Nunca vieron la fe, sólo escucharon "fe", y pronto desviaron su atención. ¿El precio? Las ataduras denominacionales que tenemos hoy en la Iglesia.

El oír tiene un costo, pero el ver tiene un costo totalmente diferente. Oír puede cambiar nuestra mente y nuestro punto de vista, puede cambiar nuestra doctrina y hacer que nos saquen de una congregación, pero el precio de ver se relaciona con la misma vida de nuestra alma. Durante la Reforma el oír fue levemente mejorado, y los reformistas comenzaron a hablar lo que oyeron, pero los resultados de movimientos como el Wesleyano, el Episcopal, y otros, son escasamente más, que aquello contra lo cual se rebelaron. De la misma manera podemos rastrear los inicios del movimiento Pentecostal en los años 1900; desde entonces adquirimos nuestras descabelladas ideas de santidad. De nuevo, oyeron, oyeron, y oyeron muchas cosas, pero lo que se oyó no se vio, porque Aquel permaneció no revelado. Oír y no ver significa que el Hijo no ha sido revelado.

## CONCLUSIÓN

Dios va a comenzar a mejorar nuestro oír, porque Él quiere darnos vista, quiere darnos visión completa. Ahora estamos oyendo, y si nos volvemos para ver, experimentaremos la transformación. Hermanos, ya no necesitamos oír más, sino ver lo que hemos oído.

Con mucha frecuencia las personas se acercan y me dicen: "¡Qué buena palabra, hermano!" Esto siempre me molestó; pero no sabía el porqué, hasta que un día el Señor me detuvo en esto: "Todo se redujo a oír." ¡Claro! Por eso todas las veces que oigo esa frase, me cala, me molesta, porque evidencia que ha quedado un vacío, que hay un faltante, que únicamente han oído, y no han visto nada. Peor aún, cada persona oye algo diferente, porque depende de lo que están viendo en su propia imaginación. "¡Qué buena palabra, hermano!", lo dicen aquellos que no han visto al Señor, únicamente han oído una "buena" Palabra.

Creo que lo que más me molesta es la palabra: "Buen" sermón, "buena" lectura, "buena" enseñanza; y les voy a explicar por qué. Decir: ¡Qué "buena" palabra!, no la hace mejor, estamos en el oír, no estamos viendo nada. Que la palabra sea "buena", no hace que veamos; con todo y lo "buena" que pueda ser, seguiremos sustituyendo el ver con nuestra imaginación, y reforzándola; seguiremos presentado nuestra imaginación como la Verdad. ¡Amados, no continuemos por ese camino, esperemos hasta ver lo que hemos oído!

Si esperar cuesta nuestra propia vida, ¿qué con eso? Esperemos oír, esperemos ver, porque esta comprensión es la que transforma; contemplar nos cambia. "Ver" es la venida del Señor, es el Señor en Su manifestación; y Él es quien transforma. Cuando oigamos: "Miren, el Señor ha venido", está bien, pero además volvámonos para verlo a Él, volvámonos para ver a Aquel que ha venido, de lo contrario sustituiremos Su venida con un objeto imaginario. Las imaginaciones que resultan del oír y no esperar el ver, consiguen que veamos imágenes, imágenes que son adoradas, sostenidas y proclamadas por falsos profetas. El oír se convierte en tradición: líderes ciegos, de ciegos. En lugar de ver, y en lugar de hablar la Verdad, simplemente mantienen la mentira.

Los tres elementos del Misterio hecho manifiesto son: Oír, ver lo que oímos, y hablar lo que hemos oído y visto. El oír, produce esperar, esperamos hasta la Venida del Señor, y cuando el Señor viene, hablamos.

El oír debe movernos hacia la realidad de una Persona, debe movernos de los principios a la Persona, a la revelación del Hijo.

Por último, estos elementos no son necesarios para el Misterio, son necesarios para hacer manifiesto el Misterio. El Misterio esta en Cristo, sea que lo veamos o no, pero en el hacer manifiesto el Misterio, estos elementos tiene que juntarse en Uno; estos elementos tienen que juntarse en el Hijo.

“Oímos” un hecho cierto, “vemos” una Persona, “hablamos” Espíritu y Verdad.

Oremos. “Padre, te agradecemos tu gracia y misericordia multiplicada en Jesucristo nuestro Señor, en Quien tenemos redención, el perdón de pecados y el amor de Dios sin límites. Oh sí, te agradecemos la obra del Espíritu para la plena realización de Cristo, en Quien tenemos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, y corporalmente la plenitud de la Deidad; en Quien tenemos además nuestra salvación completa. Gracias por tu gracia. Amén.”